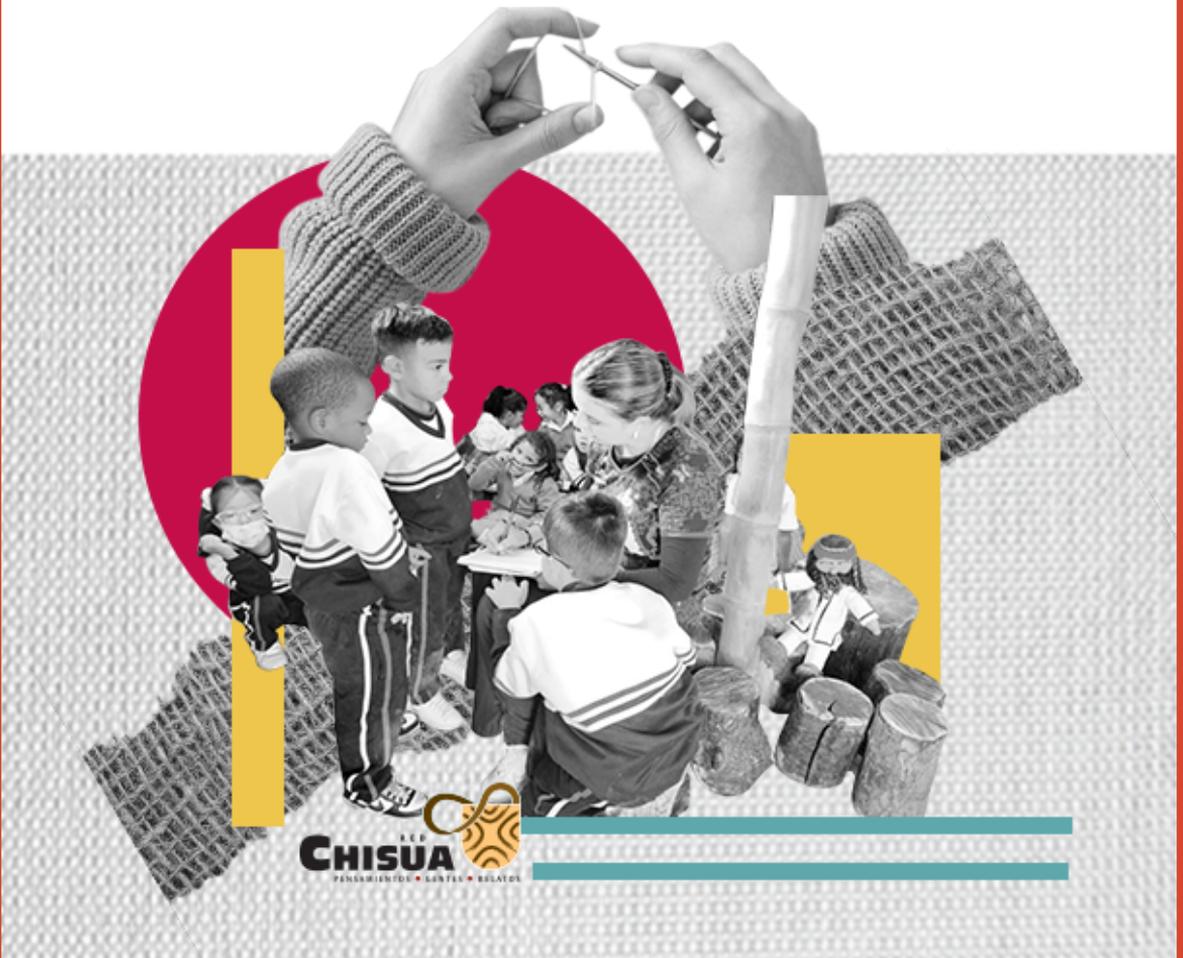




SERIE
PROGRAMA INCENTIVA

Pedagogías Sensibles Creadas en Red para Re-existir y Esperanzarse



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.



Instituto para la Investigación
Educativa y el Desarrollo Pedagógico





S E R I E
PROGRAMA INCENTIVA

**Convenio de Ciencia y Tecnología n.º 65 de 2023 suscrito entre
el IDEP y la Fundación Universitaria Cafam – Unicafam**

Pedagogías Sensibles Creadas en Red para Re-existir y Esperanzarse

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
EDUCACIÓN

Pedagogías Sensibles Creadas en Red para Re-existir y Esperanzarse

RED CHISUA

© Autoras y autores

Lizeth Marcela Díaz Becerra; Ana Brizet Ramírez-Cabanzo; Irene Montoya Rivera;
Tadiana Guadalupe Escorcía Romero; Makylerlin Borja Maturana; Roberto Esteban Hoyos Martínez;
Olga Cecilia Torres Espinosa; Juan Carlos Ramírez Zapata; Lina Fernanda Sánchez Cancino;
Gabriel Jaime Castaño Uribe; Norberto De Jesús Caro Torres; Claudia Elena Osorio Restrepo;
Fredy Oswaldo González Cordero; Alicia Benavides Valencia; Nidia Cristina Martínez Venegas;
María Aydée Hernández; Claudia Bibiana Torres Moreno; Karen Johana Ruiz Pinzón;
Karen Andrea Martínez García; Luisa Elvira Estrada Palomino; Indira Patricia Murillo Moreno;
Carlos Andrés Martínez Pacheco; Bibiana Villa; Adriana María Arrubla Castaño; Yady Saavedra Urrego;
Luz Yenny Fajardo Mendoza; Jaime Álvarez López; Yinet Hernández Ortiz;
Miguel Antonio Lara Baquero; Angie Katherine Barreto Bohórquez;
Ruth Mariela Tovar Liberato; Beatriz Elena Rodríguez Torres;
María Helena Ramírez Cabanzo; Vilma Cristina Sánchez Macías;
Flor Elisa Roperó Palacios; Milton Florencio Rentería Escobar.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Alcaldesa Mayor Claudia Nayibe López Hernández

© SECRETARÍA DE EDUCACIÓN DEL DISTRITO, SED

Secretaría de Educación del Distrito Capital Edna Cristina Bonilla Sebá

**© INSTITUTO PARA LA INVESTIGACIÓN
EDUCATIVA Y EL DESARROLLO PEDAGÓGICO, IDEP**

Director General	Jorge Alfonso Verdugo Rodríguez
Subdirectora Académica	Eliana María Figueroa Dorado
Asores de Dirección	Daniel Alejandro Taborda Calderón
	José Cabrera Paz
	Inírida Morales Villegas
Profesional IDEP	Oscar Julio Segura Martínez

© FUNDACIÓN UNIVERSITARIA CAFAM, UNICAFAM

Rectora	Diana Margarita Pérez Camacho
Vicerrectora	Claudia Marcela Guarnizo Vargas
Coordinación Editorial	Juanna Alexandra Díaz Cuadros

EDITORES

Ana Brizet Ramírez-Cabanzo
Lizeth Marcela Díaz Becerra
Irene Montoya Rivera
Tadiana Guadalupe Escorcía Romero
Olga Cecilia Torres Espinosa
Makylerlin Borja Maturana
Roberto Esteban Hoyos Martínez

ISBN (digital) 978-628-7535-93-0

Edición y corrección de estilo Poliana Otálora Cruz
Diseño y diagramación Datanalab S.A.S.
Primera edición Febrero de 2024

Publicación resultado de la Convocatoria de Estímulos para Redes y Colectivos de Maestras y Maestros RCM 2023; y desarrollada en el marco del Convenio de Ciencia y Tecnología n.º 65 de 2023 suscrito entre el IDEP y la Fundación Universitaria Cafam – Unicafam.

Este libro se podrá reproducir o traducir siempre que se indique la fuente y no se utilice con fines lucrativos, previa autorización escrita del IDEP. Los textos publicados, así como el material gráfico que en estos aparecen, fueron aportados y autorizados por las y los autores. Las opiniones son su responsabilidad.

Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico, IDEP
Avenida Calle 26 No. 69-76, Edificio Elemento, Torre 1-Aire, Oficina 1004
Teléfono (57) 314 4889973
www.idep.edu.co

Correo radicación: idep@idep.edu.co
Bogotá, D. C. - Colombia

Autoras y autores

Lizeth Marcela Diaz Becerra; Ana Brizet Ramírez-Cabanzo;
Irene Montoya Rivera; Tadiana Guadalupe Escorcía Romero;
Makyerlin Borja Maturana; Roberto Esteban Hoyos Martínez;
Olga Cecilia Torres Espinosa; Juan Carlos Ramírez Zapata; Lina
Fernanda Sánchez Cancino; Gabriel Jaime Castaño Uribe;
Norberto De Jesús Caro Torres; Claudia Elena Osorio Restrepo;
Fredy Oswaldo González Cordero; Alicia Benavides Valencia;
Nidia Cristina Martínez Venegas; María Aydée Hernández;
Claudia Bibiana Torres Moreno; Karen Johana Ruiz Pinzón;
Karen Andrea Martínez García; Luisa Elvira Estrada Palomino;
Indira Patricia Murillo Moreno; Carlos Andrés Martínez Pacheco;
Bibiana Villa; Adriana María Arrubla Castaño; Yady Saavedra Urrego;
Luz Yenny Fajardo Mendoza; Jaime Álvarez López;
Yinnet Hernández Ortiz; Miguel Antonio Lara Baquero;
Angie Katherine Barreto Bohórquez; Ruth Mariela Tovar Liberato;
Beatriz Elena Rodríguez Torres; María Helena Ramírez Cabanzo;
Vilma Cristina Sánchez Macías; Flor Elisa Roperó Palacios;
Milton Florencio Rentería Escobar.

Contenido

Presentación	
OSCAR JULIO SEGURA MARTÍNEZ	8
Red Chisua, tejido de encuentros de maestras y maestros	10
Las narrativas, una apuesta de Red para contar-nos	11
Narrativas uno: ser parte de la Red Chisua: un lugar para tejer humanidad	17
Narrativas dos: interacciones con niñas, niños, jóvenes que invitan a ser Maestra/o cada día	20
Narrativas tres: desde el ejercicio en red, pensar y apostar por una escuela	23
Narrativas cuatro: ser maestra o maestro “de a pie” e intelectual de la pedagogía	29
Narrativas cinco: desafíos y posibilidades de ser maestra y maestro en ejercicio que se teje en red	36
A modo de cierre: pedagogías sensibles creadas en red para re-existir y esperanzarse	41
Referencias	48

Presentación

La educación en Bogotá es un terreno fértil para procesos de investigación, innovación y escritura liderados por maestras y maestros de la ciudad. Sus aportes a la construcción de saberes transforman realidades, lo cual no sería posible sin la colaboración y el esfuerzo conjunto de personas e instituciones.

Es así como la estrategia de “Promoción y apoyo a docentes investigadores e innovadores” del IDEP ha sido testigo del firme compromiso de docentes y directivos docentes por garantizar que la educación pública en Bogotá esté respaldada por el trabajo colectivo. A este compromiso se suma el acompañamiento realizado para fortalecer y consolidar las actividades propias de Redes y Colectivos, entre ellas, la más importante del año 2023: la convocatoria de estímulos, que incluyó diversas modalidades como el apoyo a la producción editorial.

Hoy, nos complace presentar los libros que han surgido en este proceso de convocatoria, en el que la colaboración entre el Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico (IDEP) y la Fundación Universitaria Cafam – UNICAFAM, ha permitido entregar más de 278 incentivos desde el año 2020, con el fin de reconocer y respaldar la labor investigativa e innovadora del magisterio de nuestra ciudad.

Bogotá tiene una fuerza educativa extraordinaria, representada por más de 69 redes y colectivos de docentes que trabajan diariamente en todos los campos del conocimiento, desde los contextos escolares que habitan. De allí que los estímulos entregados con esta convocatoria, de la cual nacen estas publicaciones, contribuirán significativamente al cierre de brechas y a la transformación continua de la educación en nuestra ciudad. Además, permitirán seguir conociendo el legado, las contribuciones, reflexiones y,

por qué no, las continuidades, rupturas y discusiones originadas en las aulas, gracias al liderazgo de maestras y maestros productores de saberes.

En esta versión 2023 de la convocatoria, el IDEP abrió tres categorías para las redes y colectivos: eventos académicos, adecuación de herramientas didácticas mediadas por la tecnología y apoyo a la producción editorial; esta última, reflejada en esta colección de textos. Cabe señalar que estas producciones académicas e inéditas, formarán parte del Centro de Recursos para la Investigación e Innovación Educativa (CRIIE) del IDEP, consolidando el conocimiento generado por las redes y colectivos en un valioso recurso para toda la comunidad educativa, y sumándose al vasto legado de maestras y maestros como intelectuales de la educación.

Oscar Julio Segura Martínez

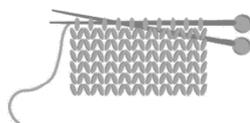
Profesional dinamizador Redes y Colectivos de Maestras y Maestros
IDEP

Red Chisua, tejido de encuentros de maestras y maestros

La *Red Chisua* es un colectivo de maestras y maestros investigadores constituido a nivel nacional entre los años 2003 y 2007, que surge a partir del encuentro de afectos, voces y relatos comunes que se interrogan desde el acontecer educativo. Nos convoca el deseo de tejer un diálogo cultural alrededor de los saberes, las narrativas y las experiencias vitales de niños, niñas, jóvenes, adultos y comunidades. De ahí el nombre de nuestra red: *Chisua*, vocablo muisca que significa *mochila, tinaja de encuentros entre pensamientos, gentes, relatos*.

A lo largo de más de 16 años, el colectivo se ha extendido gracias a la urdimbre de lazos locales, distritales, nacionales e internacionales, desde donde se suman manos y voces abiertas para compartir experiencias pedagógicas “otras”. De modo que *Chisua* es también una invitación para reflexiones que nos permitan pensarnos y actuar desde otro lugar, el de la posibilidad.

Con maestras y maestros comprometidos con la innovación y la investigación con un sentido emancipador y desde la pregunta por los lenguajes de la experiencia pedagógica en Antioquia, Medellín, Tunja, Bogotá y otras regiones, estamos descubriendo la potencia de procesos transformadores que enfrenten las condiciones históricas de segregación, desigualdad y exclusión en que se hayan niños, niñas, jóvenes y familias a lo largo y ancho del país. Reconfigurar el tejido social a partir de prácticas pedagógicas que empoderan a los sujetos con aprendizajes al conectar sus realidades con el mundo del saber, la ciencia, el arte y la cultura, nos anima a trenzar estas *pedagogías sensibles creadas en red, para re-existir y esperar la acción educativa*. Es esta la forma en la cual aportamos, desde el aula, la familia y la escuela a la construcción de una Colombia más justa, digna, democrática e incluyente, en donde todos podamos Ser.



Las narrativas, una apuesta de Red para contar-nos

Celebración de las bodas de la razón y el corazón

¿Para qué escribe uno, si no es para juntar sus pedazos? Desde que entramos en la escuela o la iglesia, la educación nos descuartiza: nos enseña a divorciar el alma del cuerpo y la razón del corazón.

Sabios doctores de Ética y Moral han de ser los pescadores de la costa colombiana, que inventaron la palabra sentipensante para definir el lenguaje que dice la verdad.

(Galeano, 1993).

Nos narramos porque estamos convencidos de que el acontecer pedagógico nos abre la posibilidad de irrumpir la habitualidad y la regularidad de la escuela, aquella que nos ciega con la inmediatez y que nos arrebatada de la vista lo esencial, estandarizando y homogenizando la vida. Consideramos que darle paso a las narrativas constituye una nueva habitualidad en la que el relato permite construir significado y, por lo tanto, producir saber. La narración nos permite, en este horizonte, develar posibilidades, problematizar, visibilizar acontecimientos, darle lugar a la vida, hallar otras respuestas y otras preguntas. “La gran narrativa es una invitación a encontrar problemas, no una lección acerca de cómo resolverlos. Es una profunda reflexión sobre la condición humana, sobre la caza más que sobre la presa” (Bruner, 2013, p.38).

Las narrativas tienen la facultad de orientarse hacia tres emergencias de la praxis pedagógica en el contexto escolar y las comunidades: la acción, la reflexión y la investigación. En primera instancia, podemos decir que en torno a los actores escolares se construye un registro y unas comprensiones de las historias o relatos que personas, grupos o instituciones hacen de sus experiencias. Frente a esto, como red, nos vinculamos de manera respetuosa, dialógica y abierta a conocer lo que les acontece a maestros y maestras “de a pie”. En segundo lugar, los relatos y las narrativas son elementos fundamentales en la comunicación humana, son una forma de reflexión para darle sentido a las vivencias, lo que permite organizar acciones, motivaciones y actos alrededor de un significado; por tanto, los relatos son connaturales a la existencia misma y lo que hacemos es valorarlos como parte fundamental de nuestra experiencia. Debido a esto, lo trasmutamos en un elemento más cercano a lo que nos acontece y deseamos narrar: las realidades que se silencian en la escuela y en nuestros pueblos. Por último, las narrativas posibilitan interpretar y estudiar la vida social de manera cotidiana, a partir de propósitos investigativos; de ahí que son la oportunidad para enunciar y representar el mundo y sus acciones.

Ahora bien, la narrativa parte de la investigación social cualitativa; esta permite explorar el objeto de investigación a través del estudio de la lógica de los discursos que emiten los agentes investigados, discursos intersubjetivos en los que el sentido y la significación de la realidad social se ven reflejados. Esta estrategia de indagación-acción pedagógica pretende describir densamente los mundos escolares, las prácticas educativas que en ellos tienen lugar, los sujetos que los habitan y las hacen, y las comprensiones que elaboran y recrean los educadores para dar cuenta de ellos (Suárez, 2007).

Debido a lo anterior, es en la piel de los maestros, en sus miradas, sonrisas y lágrimas en donde intentamos buscar el sentido de lo que nos quieren contar. Es esa realidad la que indagamos cotidianamente, es ella de la que nos hablan las madres de familia que al ir a una reunión escolar están de afán porque su vida es una montaña rusa de tristezas y una que otra ilusión, pues conseguir el alimento diario para sus hijos no da espera. Es en el rostro de ese niño con hambre que se acerca y nos

dice que no entiende, que tiene dolor de panza, en donde descubrimos una vida de maltrato y abandono, y en donde entendemos que la única esperanza para ese niño está en la escuela y en sus maestros. Debemos reconocer que esa vida que deseamos narrar se nos escapa raudamente y que como maestros muchas veces operamos como autómatas, en una fábrica llamada escuela, con una materia prima algunas veces magra, muchas veces indócil, pero casi siempre incomprendida: la infancia y la juventud.

Contrario a lo que se cree, para nosotros la narrativa no es un asunto de anécdotas, es una necesidad ética y política para cuestionar verdades y capturar lo esencial de la experiencia. Cuando los relatos surgen nos vemos obligados a tomar distancia y darle el merecido lugar a la experiencia del otro, a quien le prestamos de forma respetuosa nuestra voz para que hable y de quien tomamos su relato para expresarlo de forma oral, escrita, audiovisual o plástica. Por consiguiente, las narrativas son experiencia viva, son una fiesta por la existencia y la resistencia ante un sistema totalitario que busca convertir en dinero o ganancia todo lo que toca, cosificando así nuestra humanidad.

Por consiguiente, hablar de un maestro que narra es reconocer que es un sujeto poseedor de un saber, pero no un saber validado a través de un ejercicio demostrativo o una experimentación en el sentido cuantitativo y matemático de la expresión; es un saber proveniente de lo corporal, de la cicatriz y de lo que ella cuenta en la piel o en el alma. Es un saber nacido de la experiencia construida con los años, aunque no necesariamente *a través* de ellos; es reconocer que lo que nos sucede a todos fuera o dentro de la escuela puede ser un acontecimiento que se narra y logra, muchas veces de manera susurrada o delicada, romper de forma radical con una realidad que vela y esconde nuestra sentida humanidad.

Situarnos desde el saber de lo narrativo es un acto de resistencia con el que adquirimos poder para ponerle rostro a nuestras realidades, para levantar nuestra voz, para provocar que otros se unan, pero sobre todo para crear nuevas posibilidades, nuevas esperanzas y, adicionalmente, para romper con la hegemonía de otros sobre la narración de nuestras experiencias escolares.

Por lo tanto, validamos con fuerza ese saber cuando nos juntamos con otros y conformamos una red para conversar, recuperar la memoria, compartir historias comunes, reconstruir los trayectos recorridos en el proceso de convertirnos en maestros, intercambiar saberes y prácticas pedagógicas; en suma, para reafirmarse, cuestionarse, formarse y transformar paradigmas o, como lo llamaría Bruner (2013), formar una comunidad de interpretación.

La noción de comunidad de interpretación sugiere la existencia de lazos entre memoria e identidad. Hacer memoria tiene que ver con la búsqueda de identidad que responde al interés de mantener en el tiempo ciertas relaciones de saber y poder en el seno de un grupo, en cuya memoria reposa un repertorio de imágenes comunes (...) Su posibilidad y necesidad de ser transmitida, para que en ella se enriquezca y confronten los recuerdos, cuando la tendencia es olvidar y negar todo cuanto nos han enseñado el pasado, repudiable o añorado. (Ortiz, 2014, p.27)

Somos una red de maestros, maestras y comunidades, en tanto que como unidad no solo construimos saberes epistemológicos, sino que además usamos la pedagogía, la memoria, la oralidad, el arte y lo ancestral como elementos fundantes de otros saberes en los cuales los seres sintientes, los “de a pie”, los que sufren y gozan, cuentan su realidad desde el tejido de historias para llegar a ser algo más que un conglomerado de individualidades e intereses egocentristas, es decir, una comunidad tejida desde la pedagogía y la esperanza.

Somos la Red de Maestros y Maestras Chisua. Nuestro saber es la experiencia en juntanza porque creemos que lo que hacemos, pensamos, sentimos y vivimos es la mejor posibilidad que tenemos para reivindicar la escuela, sus sujetos y sus comunidades. De esta forma, la narrativa se convierte en vehículo sentipensante en el que nuestro acontecer cobra sentido como praxis. Al visibilizar la existencia de los integrantes de las comunidades educativas, permitimos el autodescubrimiento, la dignificación de nuestra profesión como educadores e investigadores; en otras palabras, somos *intelectuales de la pedagogía*, con el deber ético de reflexionar y aportar a la comprensión de los veloces cambios sociales que se presentan hoy en día.

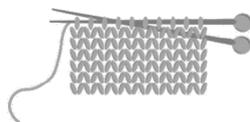
Las narrativas juegan un papel crucial en estos cambios, por ello son una herramienta valiosa para reflexionar y comprender la realidad, pues al escribirnos y leernos tomamos distancia de lo que ocurre para comprenderlo, tal y como como plantea Bruner (2013, p.4):

La narrativa se volvió casi simbólica: el instrumento de los oprimidos para combatir la hegemonía de la elite dominante y de sus expertos; el modo de narrar su propia historia de mujer, de miembro de un grupo étnico, de desposeído. Tal populismo narrativo refleja, por cierto, la nueva política de la identidad; pero, como veremos, es solo una parte del todo. Una cosa se hizo evidente: contar historias es algo más serio y complejo de lo que nos hayamos percatado alguna vez.

En ese orden de ideas, las narrativas potencian el trabajo en red de *maestros y maestras “de a pie”*, de quienes soñamos con una sociedad más justa en la cual todos los miembros de la sociedad tengan oportunidades de vivir de una manera más digna e incluyente. De allí, la necesidad de narrarnos, aunque nos cueste en muchas ocasiones reconocernos en eso que vivimos, sentimos y escribimos.

Figura 1. Niños y niñas produciendo sus propias narrativas





Narrativas uno: ser parte de la Red Chisua: un lugar para tejer humanidad

Nos han hecho creer que la educación en la escuela se asocia con el mito de “educarse para ser exitoso”, lo cual es, en realidad, una invitación a la competencia en solitario. De esta forma, al terminar un ciclo educativo es necesario hacer otro y luego otro. En consecuencia, nunca debemos parar de estudiar, no importa dónde y cómo: la educación es un producto de consumo. A través del tiempo nos han enseñado a auto-formarnos y a ser cada vez mejores individuos. Pero poco se escucha de aprender con el otro y es esta la razón por la cual las escuelas en Colombia y Latinoamérica parecen incapaces de educar en comunidad, más allá del individuo.

Pertenecer a una red de maestros es peligroso, puesto que invita a salir del camino establecido y de la carrera de la individualidad que la sociedad propone. Sin embargo, trabajar en colectivo puede permitirnos comprender que el conocimiento no se construye en solitario y que el diálogo de saberes, el compartir sentires, emociones y experiencias puede aportar a la construcción de comunidad.

Se hace necesario valorar el lugar que tienen los maestros y las maestras en la posibilidad de construir escuela, conocimiento y comunidades otras; por ello, urge iniciar un tejido en el que el sentir, la experiencia, el saber y la voz de los maestros y maestras “*de a pie*” de la Red Chisua emerja para hablar del acontecimiento que es, para muchos de ellos, participar del colectivo.

El docente Chisua se relata como parte de una comunidad que identifica el contexto y trabaja para transformarlo, permitiendo que haya juntanza para asirse a la esperanza de aportar a la creación de una sociedad otra.

Pertenecer a la Red Chisua se convierte en una oportunidad de unir las voces para seguir recreando la intelectualidad pedagógica y convertirse en parte del tejido de una misma mochila que devela nuestras inquietudes y apuestas, para la construcción de una sociedad más justa e igualitaria que otorgue una voz a nuestras comunidades.

Esta apuesta implica hacer eco de las pedagogías alternativas que enuncian nuevos modos de leer el contexto, de trabajar en y para la comunidad, de responder a las necesidades del aula y sus aprendizajes, de considerar el crecimiento personal y profesional para reflexionar, transformar y aportar a la labor pedagógica desde las diversas miradas de los protagonistas del acontecer educativo, en medio de las dinámicas sociales y culturales. Ser parte de una red de maestros otorga la posibilidad de entrelazar saberes, historias y afectos a través de relaciones de horizontalidad en las que todas las posturas son válidas y todos los conocimientos y experiencias son relevantes. Lo que vivimos, sabemos y sentimos, cuenta para avanzar en comunidad como sujetos sentipensantes de la educación, y así reconocer experiencias educativas que han transformado las vidas de muchos niños, niñas y jóvenes.

Pensar, discutir y encontrarnos en lo que significa la Red Chisua es una apuesta por la esperanza y la transformación individual-colectiva. Una apuesta por el valor del trabajo horizontal y el intercambio de saberes, espacios, experiencias, fuerzas y sentires derivados de nuestra labor pedagógica. Es la posibilidad de resignificar realidades desde múltiples miradas que amplían los horizontes y abren nuestras mentes desde la polifonía pedagógica.

Una red de maestros tiene el deber de pensarse a sí misma y de pensar en quienes la integran. Pertenecer a la red es vincularse a la posibilidad de la reflexión pedagógica constante, desde una mirada crítica y propositiva. El tejido que allí se fragua nos facilita seguir creyendo en la educación para continuar buscando puntos de fuga que nos permitan conservar la esperanza; es poner en discusión el propio quehacer del docente frente a pares académicos, facilitando no solo la construcción de comunidades de conocimiento pedagógico, sino posibilitando el abandono de una forma unidimensional de ver y pensar la escuela. Ser un maestro que vive en red significa enlazar experiencias de aula y saber, a partir de las cuales los

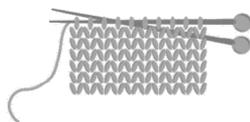
aprendizajes se tejen entre todos, desde, con y para las comunidades. En este caso, el aula no se limita a las paredes, sino que nos invita a concebir a los estudiantes en sus contextos.

La red es una oportunidad para compartir, reconocer y valorar las experiencias pedagógicas de compañeros maestros que aportan otros saberes y que nos invitan a crecer en esas diferencias a través de la reflexión, la discusión y la emoción compartida de innovar en nuestra labor y evolucionar en ella, transformándonos como profesionales y como seres humanos capaces de generar cambios significativos en el tejido de la vida escolar a la cual pertenecemos.

La Red Chisua es un Colectivo de *maestros y maestras “de a pie”* con distintos matices, formas y sentires; es abierta, no pregunta a nadie de dónde viene, simplemente da la bienvenida para avivar el fuego que acoge sueños y propósitos en torno a las didácticas y las pedagogías que dan sentido a la existencia de quienes hacen parte de la escuela.

Participar de la red es una bella forma de legitimar el quehacer educativo otro, abierto a la periferia y a la centralidad, a la escuela rural y a la urbana, a la pública y a la privada, a la indígena, campesina, raizal o afro; una escuela para todos y todas en la que lo único importante es que nuestro derecho de forjar comunidad desde la diferencia nos permita narrarnos, reconocernos y valorarnos. Estas interacciones en colectivo reportan una mayor conciencia del activismo instrumental de la cultura escolar y, por ende, contribuyen a resignificar el acto educativo con la niñez y la juventud. Es así como la Red Chisua nos permite reivindicar dialógicamente la necesidad de pensar en la dignidad que posee nuestro oficio al ser maestros y maestras e investigadores.

Hacer parte de la red significa aportar a la formación de los maestros y los estudiantes desde una perspectiva diversa, donde las dimensiones y/o racionalidades del Ser, es decir, la lógica, la política, la ética y la estética se ponen en juego para construir una poética planetaria cada vez más crítica. Qué mejores palabras para terminar este escrito que reconocer la forma en la cual los *maestras y maestros “de a pie”* de la Red Chisua nutren la esperanza al asumir el oficio docente con el compromiso de anudar proyectos políticos alternativos que aporten a la transformación social.



Narrativas dos: interacciones con niñas, niños, jóvenes que invitan a ser Maestra/o cada día

Pensar en ser maestros y maestras nos remite a aquellas reflexiones que heredamos de Paulo Freire a lo largo de su trabajo. En ellas, desde una perspectiva dialéctica, es posible que entre maestros, maestras, estudiantes, y/o comunidades se construya una escuela democrática en la cual se formen sujetos que produzcan conocimiento, y que crítica y conscientemente puedan enfrentarse a situaciones que vulneren sus derechos. Para ello es indispensable la reflexión conjunta entre estudiantes y comunidades acerca de las situaciones que ocurren en su contexto para que, de este modo, alcancen la comprensión de su realidad.

El relato construido aquí reúne las voces de 33 maestros y maestras, y alude a esa relación dialógica para romper con una educación bancaria que deposita contenidos sin permitirles a las niñas, niños y/o comunidades convertirse sujetos de su propio pensamiento, sujetos reflexivos de su pensar. Cada mirada, encuentro de clase, encuentro en comunidad, conversación, apuesta pedagógica y/o reto social y emocional, avivan la esperanza para una escuela otra en la que los actores fundamentales del acontecer educativo le apuestan a la transformación.

Lo anterior es posible solo sí desde nuestra esencia como maestros y maestras encontramos las razones para ser, reconociendo en los niños, las niñas, los jóvenes y/o las comunidades sus necesidades, intereses y expectativas como punto de partida de nuestra práctica pedagógica, dando norte así a las estrategias que se vivencian en el aula. Sus voces y memorias son la identidad política y social del ejercicio docente para forjar una mejor humanidad, lo cual es nuestra razón de ser. Ellos son el

centro donde todo converge y encuentra sentido. Esta interacción diaria es un privilegio y a la vez una oportunidad que, aunque se vive con tesón, no está exenta de tensiones. Por ello el reto exige la mirada atenta de la reflexión pedagógica, pues en las aulas se forman los ciudadanos que han de transformar la sociedad.

Aprender con el otro a través del diálogo y la interacción siempre es la apuesta del maestro y la maestra. El trasiego cotidiano del aula, de la institución educativa y de sus contextos invitan a la co-construcción de sujetos que se identifiquen en su carácter individual, desde el “yo” en comunicación con “otros”, para generar de este modo una relación pedagógica fundada en la alteridad. Es así como, al interactuar cotidianamente con niñas, niños, jóvenes y familias, los educadores descubren las preguntas y las narrativas que traen consigo mundos diversos, llenos de emociones y sensaciones que le permiten configurar propuestas pedagógicas de intercambio de saberes, lo cual exige una actualización permanente y la búsqueda de nuevas formas de enseñanza que respondan al constante cambio que enfrentamos.

Ser maestra o maestro implica reconocer las necesidades de la comunidad para impactar en ella. Habitar el territorio, conocerlo y vivirlo traza caminos para afrontar cada acontecimiento presente. Este es el horizonte de posibilidad que según Duschatzky (1999), y Freire (2011), permite la innovación pedagógica y construir la esperanza a partir de la pluralidad de preguntas permanentes por las realidades que nos rodean en un ambiente de confianza y respeto mutuos para promover el desarrollo integral de cada persona. Esta perspectiva nos inspira a seguir creciendo profesional y personalmente, a reflexionar sobre nuestra práctica pedagógica, a innovar en el uso de las tecnologías y los recursos educativos, y a participar activamente en la transformación social.

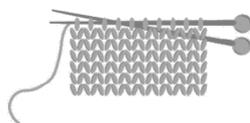
El mundo y sus comunidades cambian todo el tiempo. Esto nos exige asumir una posición ética (responsable) y política (dando respuesta a esas necesidades), que solo como maestros y maestras podemos ofrecer en nuestros contextos y comunidades. Tal camino exige autoevaluación permanente a lo que hacemos y decimos, a través de procesos de observación, reflexión, sistematización y resignificación de la práctica pedagógica.

En definitiva, asumimos el llamado para ser actores de paz, una tarea importante para la transformación social como constructores de ella. Aunque suframos las consecuencias del conflicto armado en los territorios, esta labor será la posibilidad de continuar preguntándonos cómo construir paz desde la comunidad, cómo construir memoria de la guerra y cómo lograr que los niños, las niñas, los adolescentes y las comunidades reconozcan esta necesidad y trabajen por ella.

Las interacciones que nos movilizan para ser maestros y maestras cada día se originan en las vivencias de infancia en la escuela, aquellas que dejaron huella en nuestra existencia. Por lo tanto, ese recuerdo inspira la idea de una escuela distinta y alienta la transformación de nuestra práctica pedagógica. Pertenecer a la red es evocar al niño interior que fue silenciado por esas prácticas repetitivas, descontextualizadas, que ahora se reconfiguran a través del diálogo horizontal de saberes, el accionar y la reflexión en red.

Por último, la polifonía de voces en este relato devela el amor que profesamos por cada acción que llevamos al aula y a las comunidades. Es a partir del amor que damos sentido a nuestros propósitos, deseos y esperanzas. Somos maestros y maestras porque decidimos no desistir, porque vale la pena, porque desde nuestra propuesta pedagógica y didáctica generamos dinámicas en las cuales los y las estudiantes desarrollan una estética imaginativa, pertinente, creativa y armónica en su intención de Ser. En este sentido, proponemos la interacción con los otros como soporte ético de la realidad a través de la auto imagen y el auto reconocimiento por y para la ciudadanía, esto con el propósito de impactar la vida de cada ser humano desde las dinámicas con la otredad y en la relación consigo mismo.

Por cierto, es inevitable encontrar tensiones y retos desde las visiones tradicionales de docentes y directivos en contraposición a una propuesta trasgresora e innovadora que encuentra en las poéticas, las espacialidades, la performática y el encuentro, la oportunidad para leer, ser leído, interpretado desde el escenario llamado escuela. La dupla cuerpo-palabra, sugiere en todo el proceso otros modos de vivenciarla, disfrutarla, sentirla y reflexionarla. De este modo, serán los estudiantes quienes dialoguen, compartan e intercambien sus creaciones, sueños y proyecciones.



Narrativas tres: desde el ejercicio en red, pensar y apostar por una escuela

En este entramado de sentidos, el concepto original de *Chisua* (mochila) renace para mostrar que cada hilo implica la posibilidad de un tejido con historia propia que recupera saberes, ancestralidad y sueños desde la diversidad de sus colores, texturas y formas. De igual manera, la “escuela otra” enlaza a partir de los hilos de sus protagonistas un sinnúmero de tejidos que van hilvanando esperanzas, apuestas de Ser y construir desde la diversidad, esto es, un camino de experiencias en las cuales es posible soñar un territorio de paz y de construcción de saber pedagógico.

Iniciar el tejido de esa escuela, requiere un ejercicio reflexivo desde la comunidad que nace en cada territorio con sus diversidades y necesidades, hilvanado la recopilación de lo que cuestiona e inquieta de cada escenario y que, junto a esos soñadores de otras posibilidades de vivir la escuela, proponen acciones, planeaciones y expresiones para el encuentro en comunidad. En tal sentido, implica volcar la mirada a procesos que tienen que ver con el Ser, su exploración afectiva sintiente y su apuesta crítica por los derechos humanos que dinamizan en el aula y la comunidad una cultura de paz. Para que ello sea visible, las apuestas se cimentan en un terreno decolonial en el cual la visión de currículo cerrado se transforma en uno vivo, dinamizado a la manera de un espiral que rescata lo acontecido, los saberes de las comunidades y las disciplinas, pero además, las proyecciones y las voces de la infancia que son las semillas de las que brotan los adolescentes, los jóvenes y los mayores: familias, abuelos, comunidad.

Tal sentir, traza una ruta en la cual las prácticas que los maestros y maestras proponen y realizan en las aulas y escenarios educativos cobran peso en la construcción reflexiva frente a la pedagogía y la escuela. Así,

situar cada espacio, contextualiza, crea y recrea el saber pedagógico desde caminos otros.

En consecuencia, la tarea de la escuela otra invita a maestros y maestras a dar lugar a la diversidad de posibilidades que se gesta cuando se traspasa el muro del aula o del patio, y se penetra de manera armónica en un escenario que posibilita aprender y construir con el otro, esperar y proponer. Para ello, hay elementos que resultan esenciales, tales como una visión transformadora, de colaboración, interconexión y colectividad, fundamentales para generar cambios significativos en el sistema educativo, elementos que se suman al reconocimiento de la diversidad desde lo cultural, la diversidad de capacidades y los contextos socioeconómicos, entre otros.

Desde luego, esta labor implica para maestras y maestros pensar a diario acciones que signifiquen estar allí, que multipliquen los motivos desde el sentipensar. Requiere de un lugar para educar en la sensibilidad empática centrada en el diálogo, la construcción y la creación colectiva. Así mismo, impulsa a ser texto y literatura de los textos, pero también de las realidades, a partir del debate, la argumentación y la ética que atraviesa la interacción entre pares, como un verdadero trabajo en equipo.

No obstante, esa mirada de una escuela que se hace en comunidad y que se entreteje desde el aporte y voz de quienes allí habitan, abre otro escenario que se piensa como escuela abierta, mochila que contiene la red en la cual se invita a compartir prácticas y estrategias metodológicas que fomenten un ambiente inclusivo donde cada estudiante se sienta valorado y respetado por ser quien es. Una escuela más democrática permite escuchar a toda la comunidad educativa para definir metas y estrategias que reflejen las necesidades de todas y todos.

Engranado a lo ya citado, la posibilidad que agencia ser parte de una red en la cual confluyen los intereses que piensan una escuela de puertas abiertas, es la que se hace desde la singularidad de cada territorio para que en ese permanente ejercicio de reflexión y acción, la investigación cobre peso y fortalezca el saber pedagógico y la mirada de un maestro intelectual de la pedagogía que apuesta por la trascendencia. En consecuencia, representa una comunidad empoderada y emancipada

que propende por el bienestar común. En este, el maestro y la maestra se reconocen como sujetos políticos dentro de su territorio y su comunidad, para hacer de la escuela la chispa inicial que arda en los territorios, para que de allí surjan los procesos de emancipación.

Pero tal construcción no queda allí, trasciende a otros escenarios escolares justamente desde un enlace con la red en la cual las conversaciones reflexivas con los pares son construcciones que luego se convierten en textos y proyectos, gestores de posibilidades de una educación de calidad. Todo lo anterior desde relaciones horizontales trazadas a manera de espiral con aquello que acontece en el aula y en cada escenario particular.

Por lo anterior, la escuela otra integra acciones para una visión de trabajo unificado, en la cual el saber singular se hace tejido comunitario y empieza a forjar así otro sendero para el maestro y la maestra, sujeto político que recopila los relatos, aporta a la construcción de identidad cultural que configura la acción de los sujetos en lo público y sus incidencias en lo social, y así interpela de manera conjunta los contenidos de memoria en las interacciones de los sujetos que integran el accionar educativo.

De otra parte, el maestro y la maestra aportan a una escuela en la cual ese devenir dialógico con sus colegas de red se convierte en el reflejo de un espejo en el que reconocerse como otro y otra potencia las apuestas que se hacen al interior de cada escuela. De este modo, se enlaza el tejido de opciones para seguir pensando acciones educativas, investigativas e innovadoras situadas en cada comunidad para desde allí consolidar ese otro escenario en el que se sistematiza lo construido, pues este espacio permite socializar, circular el saber y darle peso a las construcciones pedagógicas.

Ahora bien, este ejercicio, que no solo se da desde el aula sino también en la red, dinamiza el encuentro con otras regiones y encarna en ellos las opciones de las características propias de cada región en los que la educación cobra un lugar fundamental para reconocer la cultura y sus historias. Así, historia y cultura se fortalecen y le dan mayor apertura a la escuela cuando son socializados en escenarios como eventos, congresos y ponencias, entre otros, con redes que trascienden el país y se entrecruzan

con otros países. Allí, en cada singularidad, hay un mar de similitudes y diversidades, lo cual repercute en un mayor rigor pedagógico.

Todas estas opciones van posibilitando que la escuela se pueda pensar de manera distinta, siempre con las puertas abiertas, porque cuando hay proyectos comunitarios que responden a cada comunidad, los anhelos y las apuestas continúan y se fortalecen.

Estas reflexiones sin fronteras que atraviesan el continente, demarcan otros caminos de crecimiento pedagógico mutuo, canales de comunicación y rutas de acción para seguir mejorando y apostando por la red en la escuela. Por esta vía, dan a conocer la voz en cada rincón del mundo para que el sumergirse en lo que implica un escenario escolar cobre mayores matices de reconocimiento, escucha y construcción. Así las cosas, la materialización de lo ya mencionado, se anuda con procesos que implican un ejercicio de lectura y escritura que, en términos de Freire (1978), da posibilidades de volar lo más alto posible. Además, desde el reconocimiento que cada disciplina gesta en ese entorno escolar, como lo hacen la ciencia y las artes, insumos fundamentales de la escuela y del mundo de la vida, pueden potenciarse todas las cualidades de los niños y los jóvenes que acuden a la escuela de una manera vivencial y experiencial.

Si bien es cierto que, desde un supuesto epistemológico, la educación actual sitúa al estudiante como centro del proceso educativo y formativo, también lo es el hecho de que muchas de las dinámicas en los contextos del infante y del joven mantienen la visión del mundo adulto céntrico. Así, resultan incomprendidas las nociones subjetivas y la alteridad de los niños y los jóvenes en sus múltiples manifestaciones de heterogeneidad intersubjetiva que van mucho más allá de las estructuras idealizadas, interpretadas conceptualmente, acogidas tantas veces con estigmatización estéril por la cosmovisión adulta e institucional que les ha encasillado en lógicas visibles de focalización social, cultural y política, en las cuales están inmersas la escuela y la familia.

Por tanto, para lograr el desarrollo de la autonomía formativa pretendida, que sea eje vinculante entre los supuestos de los objetivos establecidos en las políticas educativas y la praxis pedagógica, es necesario pasar de un

nivel puramente instruccional a uno de mayor versatilidad que fortalezca un conjunto de valores, de conceptos y de procesos del pensamiento que influyan en los estudiantes como sujetos.

Es allí en donde la esperanza de la red para pensar una escuela otra se convierte en sinergia entre sus integrantes, quienes develan nuevos caminos en la investigación desde los territorios y las singularidades de la escuela, posibilitando la transformación de las brechas de desigualdad de las comunidades educativas y propiciando su movilidad socio económica; todo esto a través del desarrollo del pensamiento crítico, de las vocaciones científicas o, simplemente, promoviendo el acceso a la educación superior.

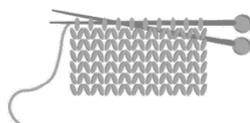
Lo anterior, porque al compartir experiencias, conocimientos, recursos y desafíos con otros colegas, se enriquece la práctica educativa, se innova en las metodologías y estrategias didácticas, y se fortalece el sentido de pertenencia y colaboración. De este modo, se contribuye a la construcción de una escuela que valore el bien común, que respete y celebre la diversidad de sus estudiantes y de su comunidad, que promueva la participación activa y crítica de todos los actores educativos, y que fomente una cultura de paz y convivencia democrática.

Pensar y vivir una escuela otra es aventurarse a atravesar un camino a veces pedregoso que esconde tras de sí sorpresas y esperanzas, un camino en el cual incluso las bifurcaciones conducen a la meta. La red acoge, abraza, invita y se hace “compa” para seguir insistiendo. Así, en medio de una situación aparentemente problemática o incomprensible, puede surgir una apuesta desde la reflexión y la escritura, una posibilidad que se hace proyecto transformador y que crece cuando se enlaza y recibe fuerza, palabra y compañía. De otra parte, la red otorga la posibilidad de que la voz de quien inicia, de quien ha crecido un poco, de quien ya casi culmina su periodo escolar y de quien acompaña cada una de estas vidas, sea escuchada y visibilizada, enriqueciendo así las decisiones pedagógicas, escolares, académicas y convivenciales. La red también permite pensar que desde los bordes y la entropía de una escuela hay mil oportunidades para construir la paz, para reconocerse desde la historia propia y la cultura, para reconocer al otro, cultivar una semilla y cuidarla, para expresar con la palabra y el cuerpo las esperanzas y conocimientos que hacen más grande una nación. Y, por supuesto, para

seguirse asombrando en tiempos tan complejos con el coraje que encierra ser maestro o maestra.

Figura 2. Tejiendo otredades





Narrativas cuatro: ser maestra o maestro “de a pie” e intelectual de la pedagogía

Interrogarnos alrededor de nuestro oficio desde la voz colectiva no es una tarea menor. Por el contrario, contar con la generosidad de los relatos compartidos por maestras y maestros, desde sus experiencias pedagógicas en los territorios, acentúa el compromiso ético-político de estar en red.

En medio de la arena del capitalismo cognitivo contemporáneo que impone dinámicas cada día más aceleradas al compás del mercado para ser más productivos y eficientes, la labor de sacar de dentro la condición de humanidad en cada niño, niña y joven se hace imprescindible. Este es el sentido de educar. Y es siendo maestro o maestra que enfrentamos la inequidad que hoy por hoy se manifiesta en las múltiples caras de un colonialismo cada vez más sofisticado y omnipresente.

Pese al panorama que vivimos en esta sociedad de vínculos frágiles, estar en red anima la voluntad para movilizar la intelectualidad amorosa estando con otros con quienes compartimos no sólo la vocación sino la esperanza transformadora de las infancias y las juventudes, lo cual aspira a construir realidades más justas, democráticas e incluyentes. Así caminamos el territorio, como maestras y maestros “de a pie”, noción que desde esta tinaja llamada Chisua, se ha ido posicionando y, aún mejor, sentipensando (Ramírez-Cabanzo, 2018).

El legado del maestro Orlando Fals Borda nos muestra cómo el sentipensar conlleva el reconocimiento de los saberes propios anidados en las experiencias con las comunidades, experiencias que nos atraviesan hasta los tuétanos al conjugarse entre la emoción, la razón y la vivencia política de lo que construimos en las escuelas, los barrios y las regiones. Ser maestra/o “de a pie” es dejar una impronta en la acción pedagógica

con el compromiso genuino de luchar por el reconocimiento de los sujetos en sus contextos y visibilizarlos a través del lenguaje de sus necesidades y de su potencia subjetiva.

Sin embargo, ese camino no está desprovisto de reflexión. Implica combinar la experiencia de la cotidianidad del aula de puertas abiertas con la ardua formación profesional, un ejercicio que valora la práctica y la hace transitar desde ejercicios de observación, narración y reflexión crítica hasta un saber elaborado próximo a la realidad sociocultural de lo educativo. Lo que allí se manifiesta es que al interactuar horizontalmente con niñas, niños y familias, maestras y maestros emprenden un viaje intelectual hacia la alteridad actualizada en el Ser, el hacer, el conocer y el convivir. Es investigar creativamente el acto pedagógico dinámico producido en la medida en que se reflexiona la práctica, se escucha a los actores y se sistematiza en acciones posibles que humanizan la escuela y la sociedad misma.

Ser maestro y maestra intelectual de la pedagogía demanda asumir el papel que tiene la educación en la transformación de la realidad y, por ende, enfrentar los desafíos de una práctica pedagógica coherente con los principios democráticos, éticos y humanistas que orientan la formación integral de los estudiantes. Es una apuesta por hacer viable la importancia de re-flexionar, es decir, flexionar dos veces: darse cuenta y dar cuenta del rol y de las interacciones establecidas con otros seres humanos, con otros contenidos-procesos y con otros espacios donde nos con-movemos gracias a los códigos artísticos de la danza, la plástica, la ciencia, la historia, la lógica-matemática, la bioecosistémica y, en suma, con todas las ópticas que expresan la multidimensionalidad de la cultura.

En ese horizonte de sentido, la intelectualidad no es solipsista; es el ser en colectivo el que hace que se instale la capacidad de agencia en los maestros y maestras para descubrir el sentipensar sobre la experiencia educativa. En otras palabras, es comprometerse con el aprendizaje permanente de la artesanía del educar en el trabajo colaborativo con otros pares y actores sociales para narrar pedagógicamente las complejidades cotidianas de la formación, interpretarlas, resignificarlas y dignificarlas.

Ahora bien, y ¿cómo se re-conocen el contexto y el territorio?

Aunque no es fácil en contextos de premura y mucha actividad, ser maestro y maestra intelectual involucra, además de cumplir su papel en el aula, pensar su experiencia y plasmarla en el papel. Implica tomarse el tiempo de reconstruir eso que nos pasa y nos atraviesa, desde la narrativa personal articulada con posturas que otros han construido poco a poco, partiendo de sus propias lecturas. En el afán de cada día, esa labor de ensamblar nuestro pensamiento se puede conseguir cuando se trabaja en red, pues ese espacio colectivo permite “suspender la experiencia”. Filosóficamente hablando, es estar en *epojé*, lo cual nos ubica en la mirada reflexiva del oficio del maestro y la maestra para darles su merecido valor.

Podemos decir que reconocer y caminar los territorios, permitiendo que sus particularidades se convoquen en la escuela y en el quehacer, es ejercerse con la organicidad histórica y social en la cual habitamos y en la que somos maestras y maestros. En tal sentido, no somos sordos ni ciegos en ese con-texto; por el contrario, estamos atentos a los juegos discursivos del *saber-poder* que circulan en la familia y la comunidad, y que rodean a la escuela. En la acción educativa se siente al otro, se sufre como el otro y se aprende del otro. Es un libro abierto del mundo en el que, como pedagogas y pedagogos, escribimos una historia “otra”.

Ser maestra/o “*de a pie*”, para muchos, es un nuevo lenguaje que genera curiosidad desde la expresión misma. Algunos lo nombran desde la posibilidad de caminar el territorio, de encontrarse con los otros y, a través de conversaciones peripatéticas, encontrar soluciones a los problemas que permean la escuela, el sistema educativo, las comunidades y la sociedad. En efecto, el compromiso ético-político con las comunidades, para trazar los caminos del saber cultural y analizar las situaciones que requieren ser transformadas desde las voces y apuestas del territorio, están soportadas en ese carácter problematizador que anima la intelectualidad con rigurosidad epistémica y metodológica como lo planteara Freire.

El *peripatein* (costumbre aristotélica de caminar al hablar), y el *peripatos* (camino de la enseñanza), hacen que el oficio del maestro y la maestra “de a pie”, se sitúe a través del deambular, es decir, de moverse en el camino del pensar para encontrar el modo de incidir en los territorios, de la conciencia de ser actores y promotores de la cultura y de que por ello debemos de aprender todo el tiempo de nuestro ejercicio y del de los demás. Ser maestra y maestro “de a pie” es deconstruirse para tejer en comunidad como seres sentipensantes, es decir, aquellos que no divorcian los sentimientos de la cabeza, el corazón de la razón. Alrededor de estos conceptos afirmamos que ser intelectuales de la pedagogía nos lleva a construirnos como investigadores comprometidos de corazón con la educación, esto es, un ejercicio conciente de la profesión docente.

En esta apuesta existen muchos caminos por recorrer, en los cuales nos topamos con diferentes conceptos, creencias y tradiciones del quehacer pedagógico, algunos más arraigados que otros, que harán del camino un recorrido un poco tosco, de caídas e incluso de frustraciones, pero también de gratos encuentros con sentires y perspectivas diversas que construirán el saber de la experiencia reflexiva ante el desafío del aprendizaje continuo como educadores de infancias y juventudes.

Son vectores de subjetivación

El colegaje de estar en red hace que estas nociones que transitan los lenguajes compartidos de la experiencia retornen a cada uno. Así, el maestro y la maestra entran en sintonía con lo pedagógico para guiar su quehacer introspectivo, reflexivo y propositivo en un contexto cada vez más cambiante y caótico en dónde lo humano debe ser el centro. Tarea muy compleja, con demasiados elementos, sentimientos y, sobre todo, retos que nos hacen perseverantes, obstinados, creativos y constructores de sueños materializados de manera sencilla y amorosa en la acción cotidiana de la educación.

Desde el tejido de relatos se expresan las nociones de ser maestra y maestro “de a pie”, intelectuales de la pedagogía que fungen como vectores de advenimiento subjetivo e intersubjetivo. Esto implica reconocerse

como pensador y creador de cada uno de los momentos de su propia práctica educativa, y tomar posturas claras para abstraerse de la corriente ingenua y obediente de los mandatos económicos de la sociedad de mercado actual, mandatos que monetizan los servicios y desconocen los mundos de vida reales de niñas, niños, jóvenes y familias y sus distintos contextos. En este panorama, estas nociones exigen propuestas pedagógicas críticas, esperanzadoras, optimistas y, sobre todo, pacientes, pues estos caminos formativos se construyen paso a paso, dejando huellas firmes en el corazón de cada uno de los estudiantes que nos reclaman su acompañamiento.

La magnitud de lo que hacemos nos enfrenta al papel relevante de la deontología del maestro y la maestra, lo cual plantea retos y responsabilidades derivadas de los alcances de la formación educativa y su repercusión conceptual, comunicativa, emocional, social, intelectual y política, al sentar las bases en los educandos como sujetos en todos los niveles y ciclos. Se trata de entender que la pedagogía toma cuerpo en la conexión vital con quienes se entablan procesos educativos. Al ser maestra y maestro “de a pie” hay proximidad, autenticidad y compromiso con el ejercicio de la docencia.

Todo esto implica para el maestro y la maestra intelectual un trabajo arduo en el aula, pero también, como ser que vive en el mundo y lo transforma, la búsqueda de nuevas formas de mejorar sus prácticas; le plantea la necesidad de convertirse en un inquieto creador que hace una praxis constante de su quehacer, que teje redes para compartir con otros, que transforma la escuela y piensa una educación diferente.

En los últimos 16 años, la Red Chisua se ha erigido como escenario de crecimiento personal, académico y profesional en el cual estos aspectos se emplazan para robustecer la labor pedagógica, pues el diálogo entre maestras y maestros exige la horizontalidad del aprendizaje decidido y, antes que nada, invita a entrar en el propio ser para caminar el interior, narrarse, enseñar a creer y dar alas para encontrar en los saberes con otros la posibilidad de construir una escuela más humana desde la experiencia pedagógica auténtica.

Co-razonando pedagogías sensibles en red

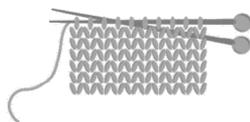
Este pasaje en el advenimiento subjetivo está movilizandop micropolíticas que pretenden subvertir el *statuo quo* colonialista en el cual predominan las desigualdades sociales. De una manera vivencial y experiencial enseña a leer y a escribir “con sentido y con los sentidos” en cada uno de los lenguajes de las ciencias y las humanidades, para que la inteligencia artificial imperante en la atmósfera cibercultural cada vez más *phármakon* veneno que remedio, no nos subsuma ni se convierta en nuestra enemiga. Esta subversión de efecto mariposa nos con-mueve en la energía vital del colectivo que, siendo multitud, implica ser maestro y aprendiz de *todos y todas*.

Vale decir que esta labor no es natural y se soporta en las dinámicas de investigación y/o innovación pedagógica sembradas en el aula y en los espacios inherentes a la labor del maestro y la maestra. Investigar e innovar desde y para la escuela significa descubrir procesos autoformación, divulgación de saberes y también adentrarse en dinámicas colaborativas de producción del saber en espacios divulgativos y de encuentros maestros. Como se ve, es poner la intelectualidad en un movimiento lúdico para crear un ideario pedagógico, el de la esperanza. Cuestionamos lo que hacemos para fortalecerlo o transformarlo y así construir posibilidades que realicen la educación como derecho y legitimen la diversidad de lo que somos en las conexiones y convergencias de la diferencia intercultural.

Esta construcción tensiona el ejercicio docente pues exige desaprender currículos preestablecidos, pedagogías y didácticas de papel, métodos, resultados y formas de evaluar basadas en la hegemonía del estándar y en la medición comparable de los sujetos frente a las competencias “blandas y duras”. Este ejercicio deconstructivo permite soltar paradigmas y avanzar en el arte de una enseñanza en donde la contemplación en torno a lo sensible nos devuelva el sentido de lo humano. Este reclamo ha permitido abanderar y poner sobre la mesa los discursos a favor de la educación popular, diversa, plural y democrática, en un sentir que convoque la defensa de la vida en todas sus formas en franca oposición a lo neocolonial, instrumentalizador, alienante y enajenador.

Así presenciamos el modo en el cual el tejido social en red permite el reconocimiento de algunos de los planos discursivos desde donde nos enunciamos y nos practicamos cotidianamente para hacer de la escuela un espacio de resistencia, es decir, disponerla a la reflexión de las inequidades reproductoras de sexismos, clasismos y racismos, contruidos de manera casi imperceptible. Es en ese sentido que proponemos la potencia de la transformación social: sí y solo sí el maestro y la maestra se movilizan en una acción pedagógica sociocrítica y territorializada que visibilice y aborde las prácticas y las estructuras que pretenden la homogeneidad y segregación dentro y fuera de las aulas, con propuestas pertinentes, dialógicas y situadas; sí y solo sí el maestro y la maestra apuestan por el invaluable lugar de la formación de nuevas ciudadanías en las cuales la justicia social y el buen vivir andino sean las premisas fundantes de un viaje de retorno a la raíz de nuevas *epistemes* y ontologías pedagógicas en las que primen las cosmovisiones diversas, el diálogo intergeneracional, la recuperación abierta de las ancestralidades, la armonización bioecosistémica y biocultural, y las ritualidades de lo sensible en la vida cotidiana.

Finalmente, retomando a Fals Borda, asumirse como maestras y maestros “de a pie”, intelectuales de la pedagogía, es apostarle a aquella ciencia propia abastecida de saberes genuinos de la experiencia pedagógica que no están dados ni preestablecidos. En tanto sentimos y pensamos lo que hacemos como maestras y maestros vamos re-existiendo al ser narrados en colectivo, co-razonando nuestro quehacer alrededor de una formación polifónica y enriquecida. Esta juntanza pone de presente la palabra dulce de ese *socius* pedagógico que somos en la Red Chisua, que implica espiritualidad e intelectualidad hecha praxis (Ramírez-Cabanzo, 2022), que abandera desde la acción colectiva y responsabilidades compartidas y la defensa de los derechos humanos, la paz y la democracia.



Narrativas cinco: desafíos y posibilidades de ser maestra y maestro en ejercicio que se teje en red

Como se mencionó antes, el ejercicio de participar colectivamente en la Red Chisua genera desafíos y posibilidades, en tanto la interacción con el *otro* (que puedo ser yo), implica acoger a ese *otro*, esto es, reconocerlo en su esencia individual. Si bien como maestros tenemos realidades que nos unen en una comunidad educativa, las situaciones de cada uno en su contexto varían tanto como seres diversos existen. Hay una fuerza mayor que nos congrega en medio de la enorme diversidad. Y es esa pasión por la labor educativa, el compromiso y la disciplina, pero sobre todo por los sueños y las esperanzas lo que ofrece la capacidad de encontrar en el *Otro* no solo a un oponente sino también un ser humano para confiar.

El trabajo en colectivo en la Red Chisua ha permitido congregarse a maestros y maestras que sueñan un mundo posible. Ese simple hecho abre un horizonte de posibilidades *tejidas* entre las ciudades, localidades y distritos que conforman la red. De la misma forma, se suman un sinnúmero de retos propios del trabajo en equipo (distancias, tiempos, recursos, creencias, culturas, entre otros), que deben superarse para abrazar la colectividad.

Para conversar con los múltiples textos y aportes de nuestros colegas a la construcción de este relato resulta indispensable reconocer que lo que para algunos es un desafío, para otros es una oportunidad. Esta paradoja da cuenta no solo de la diversidad al interior de nuestra red, sino de las bondades que la misma aporta, pues el ejercicio de narrarnos, escribirnos y aprendernos, devela y encuentra ecos en la diversidad y conduce

a necesariamente a plantear otras formas de ver nuestras realidades, gracias a los espacios de diálogo generados durante el trabajo.

La Red Chisua inició en Bogotá y se ha extendido a otros lugares, dentro y fuera del país gracias a la labor y sinergia generada entre sus participantes. Si bien esta situación enriquece el tejido de la red, también dificulta la concertación de tiempos y espacios para escucharnos y reconocernos. Para superar este obstáculo hacemos uso de las múltiples posibilidades que brindan las TIC en la actualidad. Sin embargo, el encuentro mediatizado por las pantallas se hace insuficiente ante los múltiples compromisos e intereses de cada uno de los participantes de la red, lo que dificulta concertar estos espacios de encuentro. De cualquier modo, este reto se convierte en oportunidad cuando contamos con maestros y maestras que desean velar por mejores condiciones de vida. El trabajo en red es una experiencia muy importante para los maestros y las maestras, pues permite contrastar las hegemonías instituidas con las posibilidades de experiencias pedagógicas alternativas que responden a una educación emancipadora, indispensable en un país como el nuestro en el cual la manipulación de los medios tradicionales es cada vez más evidente.

Ante la diversidad de los contextos del país debemos generar propuestas pedagógicas que promuevan en los docentes un tipo de escritura y lectura críticas que impulsen la acción en red y la construcción de nuevas utopías que resistan la fuerza de las directrices gubernamentales que se contradicen entre lo que esperan de los estudiantes en las aulas y lo que exigen a la hora de plantear lineamientos y estándares básicos de aprendizaje, desconociendo así las realidades y la multiplicidad de contextos que surgen en un territorio como el colombiano. En este camino nos asumimos como sujetos capaces de acompañar procesos cognitivos, socioculturales y políticos que fortalezcan la capacidad crítica e interpretativa en los educandos frente a la información que se consume a diario.

Por otro lado, frente a la cultura institucional, las limitaciones económicas para el desarrollo de los proyectos investigativos y de la multiplicidad de estrategias de aula son un problema constante en las escuelas, esto debido en algunas ocasiones a la falta de voluntad política y administrativa, y en otras a la negligencia y la corrupción. A la falta de presupuesto

económico para la educación, se suma la rigidez curricular que genera prácticas tradicionales tan complejas que parecen impermeables, pues su discurso plantea términos como calidad educativa, educación integral y formación por competencias, entre otros. En este sentido, se hacen evidentes las contradicciones cuando la práctica tradicional se constriñe a exigencias en el cumplimiento de pruebas estandarizadas que desconocen los ritmos de aprendizajes, las inteligencias múltiples y la variedad de realidades que viven nuestros jóvenes, niños y niñas, quienes por su parte intentan subsistir a los ideales planteados por los medios y a las carencias económicas, emocionales y psicosociales que viven. Junto a estos obstáculos, perviven también las soledades familiares que terminan por delegar el necesario acompañamiento de los niños, las niñas y los adolescentes a las múltiples opciones que presenta hoy la virtualidad.

Otra cuestión son los imaginarios y las expectativas que como docentes tenemos de los educandos y de nosotros mismos, pues una gran mayoría de nosotros cuestionamos constantemente nuestra labor. Nos preguntamos si lo estamos haciendo de la manera correcta (como si existiera una única forma de hacerlo), dudamos de estar transmitiendo lo que en realidad ellos y ellas necesitan, creemos que fracasamos cuando nos miden con pruebas y estándares ajenos a nuestra labor educativa, pues propiciar espacios de aprendizaje y planear estratégicamente nuestra clase no garantiza que los estudiantes aprendan. Esto porque las acciones en el aula requieren también de la disposición física, mental y anímica de nuestros aprendices, pese a que no cuentan con las condiciones óptimas para el aprendizaje.

Un reto primordial para los maestros y las maestras es articular los objetivos de los procesos pedagógicos desde una perspectiva humanizante, en donde el ser infantil se redescubra y se reconfigure a partir de los tejidos comunicativos, experienciales, conceptuales y contextuales, recreando de este modo imaginarios culturales y personales dentro de una convivencia que acerque y haga florecer el sentido de vida y de la ciudadanía en y para la restitución de su autoestima, de sus derechos, de su valor como seres contextuales y de su dignidad.

Es necesario integrar experiencias desde las prácticas pedagógicas en la educación pública y privada de Colombia, apuestas estéticas, éticas y

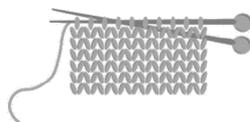
epistemológicas donde los maestros y las maestras “de a pie” visibilicen su producción académica, así como las demandas de las comunidades. Estos debates revelan la necesidad de incidir en la política pública, lo cual exige reconocer las iniciativas innovadoras de los estudiantes desde la construcción de ciudadanía a partir de currículos contextualizados y la gestión encuentros de redes departamentales de maestros y maestras desde los Llanos Orientales y las costas del país hasta los páramos, en un esfuerzo por crear una escuela emancipada que fortalezca la educación en Colombia.

Tal como lo plantea Patiño (2002), la escuela ha sido pensada, escrita y creada desde disciplinas diferentes a la educación. En ese orden de ideas nuestro desafío se hace más interesante, pues nos exige, hoy más que nunca, narrarnos, escribirnos y relatar lo que acontece en la escuela. En esta ardua labor, dada no solo en las cuatro paredes del plantel educativo, sino también en todos los espacios interacción colectiva, es donde podemos apostar por la escuela en el marco de una sociedad transformada y cambiante.

Si bien nuestra red no desarrolla su actividad en un tiempo lineal, las acciones realizadas nos han permitido tejer y entrecruzar nuestras voces par a seguir soñando, esperanzados en las transformaciones que consideramos posibles para hacer de este un mundo incluyente, en el cual no sea necesario portar un arma en el bolsillo para sentirnos seguros en las calles, comunas y regiones, un mundo en donde la violencia no sea la vía para resolver los conflictos. Como dice Bruner (1987, p.74): “las palabras nos invitan a ‘crear realidades’ en el mundo que coincidan con ellas”.

Vale decir que trabajar en red enriquece nuestras prácticas y transforma el pensamiento mediante el diálogo entre pares de diversas áreas que trabajan por cumplir el mismo objetivo: *brindar una educación no de calidad sino calidosa, sensible, humana y contextualizada en las realidades que tenemos*. Trabajar en red representa la posibilidad de encontrar colegas que caminen a nuestro lado en el desarrollo de procesos de investigación mientras comparten saberes y experiencias. Una red con tan gran variedad de desarrollos y sentires es la batería de recarga que necesitamos cuando nos agobian los tiempos, la durezas, la hostilidad y

la fragilidad que vivimos como educadores. Es por ello, que en la Red Chisua nos ánima la utopía de construir, desde abajo y con los de abajo, prácticas pedagógicas emancipatorias que reconozcan el territorio y den voz a las comunidades; un tejido de conocimientos y diálogos de saberes entre maestros y maestras “de a pie”.



A modo de cierre: pedagogías sensibles creadas en red para re-existir y esperanzarse

Estoy en mi cuerpo. Estar vivo es ser el propio cuerpo.

Pienso, escribo, leo, hablo, produzco cultura desde mi cuerpo y con
mi cuerpo.

Pienso, miro, gozo con los otros cuerpos.

Cuerpos que me permiten ser-yo-en-el-mundo.

(Planella, 2013).

Las pedagogías sensibles: sentipensares educativos decoloniales

La búsqueda de formas decoloniales de acercarse al fenómeno educativo, liberándose de los modos hegemónicos vinculados al saber estandarizado que están siempre bajo la lupa de la medición y la sujeción de las subjetividades, obligan a descubrir nuevas pedagogías que, ancladas al sentipensar, promuevan caminos alternos para allegarse a los actores constitutivos de la labor educativa. En este sentido, se otorga especial consideración a la enunciación del Ser, de sus sentires, actuaciones e historias de vida, prestas a relatarse para posibilitar la comprensión acerca de quién es ese que aprende o quién es ese maestro o maestra “de a pie”, guía el aprendizaje. Porque en la apuesta comunitaria de intercambios

simbólicos producida en los escenarios educativos, lo importante son las personas, todo aquello que encarnan y les permite Ser a través del ejercicio de sus libertades y capacidades para resignificar la vida.

Este giro pedagógico en el cual la esencia de los procesos formativos se centra en la exploración profunda del Ser, de su historicidad y de su sentir, es inminente en el *aquí* y el *ahora*. En un país que ha naufragado entre la guerra y la violencia desde su fundación, en el que bajo las distintas capas de piel de su propia historia ha sobrevivido pese a las permanentes herencias de dolor, el despojo y el desarraigo que el conflicto le ha legado, los maestros y las maestras deben validar de manera sensible su quehacer en la escuela.

Desde este punto de vista, el proceso formativo y de profesionalización en el cual nos hemos sumergido como *intelectuales de la pedagogía* no es fortuito. Nos formamos para narrarnos de modos alternos en el aula, decolonizando nuestras tradicionales formas de acercarnos al saber y a los estudiantes. Pero cualificarnos guarda un especial compromiso ético: nos debemos a la problematización de las realidades de la escuela y de sus actores, buscando alternativas otras a sus necesidades, para darnos a la labor comunitaria de servir y contribuir. Lograrlo implica asumir la investigación como práctica inherente a nuestra labor, buscar senderos que nos conduzcan a aliarnos con otras y otros en el ejercicio indagativo y así apostarle juntos al diálogo de saberes y a la divulgación y el fortalecimiento de nuestras experiencias educativas. Por ello nos *en-Redamos* en el propósito esencia de la Red Chisua: para conversar y narrarnos.

Si bien las pedagogías sensibles han circulado por tradición alrededor de la estética, desde una mirada más cercana a lo educativo emerge una pedagogía sensible otra, aquella que ve más allá del currículo y explora las corporeidades y afectividades de los sujetos inherentes al escenario educativo. Como bien lo sugiere Morín (1990), citado por Schara (2012, p. 26.):

La pedagogía sensible se produce como consecuencia de la necesidad de un modelo pertinente para la enseñanza-aprendizaje que pueda

desplazar las concepciones tradicionales de la misma. En la pedagogía sensible, el hombre es una unidad perceptiva, imaginativa y sensible, y las interacciones sociales con el entorno prevalecerán sobre la alienación y el aislamiento de la escuela tradicional.

De modo que las pedagogías adquieren una misión particular: pensarse en las subjetividades al proponer rutas del saber, buscar maneras de aportar a la resignificación de las vidas, es decir, transitar un sendero de re-existencia, decolonizándose de la apuesta aquella en la que el conocimiento *per se* y sus dispositivos curriculares de materialización, lo son todo. Conocer aquí, implica también aportar elementos pedagógicos que permitan rastrearse, reconocerse y narrarse para ser articulados con las condiciones que configuran los saberes tradicionales.

Los roles en la experiencia pedagógica sensible y los modos en que se enuncian, adquieren bajo esta óptica, condiciones particulares. El primero de ellos, el de los maestros y maestras “de a pie”, exploradores de sus propias afectividades, vistos como descubridores de rutas, alquimistas de fórmulas para aproximarse a narrativas acerca de quiénes son y qué afectos encarnan sus estudiantes, todas ellas mediadas por la construcción de saberes en el aula y la creación de herramientas para el bien vivir. Es un asunto de dignidad, libertad y *bien-estar*.

Una labor sensible es también aquella en la que maestras y maestros, priorizan, en el sendero del aprendizaje, su lugar hacia el mejoramiento de la vida de aquellos que aprenden, promoviendo relaciones empáticas y cuidadosas del Ser que validen la acción entre pares (Klepp, 2023), detectando vocaciones susceptibles de ser orientadas desde el saber y el Ser pero, en especial, en el reconocimiento de las narrativas que dan cuenta de la historia de vida y los afectos del otro. Los y las estudiantes, de otra parte, asumidos como exploradores de su propio sentir y de sus historicidades, se convierten en relatores de vida dispuestos a apropiarse de herramientas que les posibiliten *re-existir*.

A lo largo de este texto maestros y maestras “de a pie” que se tejen en Red, han brindado relatos sobre:

1. Los modos sensibles que se tejen en la escuela y sus habitantes, apostándole al Ser.

De lo anterior se deriva el reconocimiento de *sí mismo* como docente y en el otro u otra como estudiante. Sus experiencias e historicidad se consideran un acto pedagógico de evocar lo vivido en la piel del docente a través de las narrativas del aprendiz. Este es un engranaje social, en el que la posibilidad resignificativa de la apuesta por lo comunitario cobra vigencia a través de prácticas afectivas, reflexivas, críticas y de derechos que le otorgan valor a la palabra y a la vivencia, al tiempo que gestan procesos socioemocionales y ciudadanos que redundan en beneficio del Ser y su empoderamiento, y guían hacia al *re-existir*.

El impacto potenciador de lo educativo en el Ser cobra otros sentidos para el docente, desde las dinámicas de la otredad y en la relación consigo mismo y también en la capacidad de escuchar, leer y narrar el entorno escolar, familiar o barrial que confluye en el saber. Todo ello conlleva a un compromiso ético y transformador docente, frente a las realidades de la escuela, a través de una postura dialógica entre sus protagonistas hacia el bien-estar colectivo.

2. El lugar de maestros y maestras “de a pie” que investigan de manera sensible y en juntanza

Existe en la cadena pedagógica un eslabón que alude a la investigación concebida como apuesta sensible y como tejido de saberes colectivos, en la cual se reconoce al docente como integrante comunitario, identificando el contexto y trabajando de manera colaborativa para transformarlo y fortalecerlo. Lo anterior mientras los docentes se vinculan a procesos formativos en los cuales las dimensiones y/o racionalidades del Ser entran en circulación, buscando modos de allegarse de manera sintiente a los y las estudiantes.

En la labor colectiva del ejercicio investigativo en la Red Chisua, este eslabón resulta vital en tanto confiere la posibilidad de “desengavetar” el saber que emerge de las producciones, experiencias y teorizaciones acerca de la escuela y sus problemáticas, divulgándolas y extrapolándolas al mundo social, dilucidando, entre otros, el intercambio significativo de experiencias entre pares, el diálogo de saberes, las construcciones cooperativas, las posibilidades de divulgación de producciones docentes, el mantenerse conectados e informados frente a eventos de interés para el quehacer docente. Ampliar las fronteras de nuestros procesos investigativos obliga a tejernos en red, en alianza con otras y otros que investigan en el campo educativo. Esta es la riqueza de pertenecer a la Red Chisua: otorgar dignidad al oficio de ser *maestras y maestros intelectuales de la pedagogía*, al brindar la oportunidad de compartir, reconocer y valorar las experiencias pedagógicas de docentes que se encuentran en otros contextos, entendiendo que somos parte del tejido de una misma mochila, hilada con inquietudes y apuestas pedagógicas otras.

3. El giro pedagógico que guía nuestro pensar en Red: hacia una escuela “otra”, más incluyente, diversa y democrática

Esta apuesta educativa debe concebirse también como un giro pedagógico en tanto busca demarcar las tradicionales prácticas que prevalecen alrededor de la escuela, aireándolas con modos inclusivos, democráticos y en perspectiva de derechos que guían senderos hacia el buen vivir para todos y todas. Un giro que obliga a vernos en el reflejo del quehacer educativo en otras naciones de nuestra América, con sus problemáticas y rutas de acción significantes, apostándole a lo experiencial, vinculando prácticas artísticas, narrativas y orales. En este sentido, nos hacemos concientes del entorno social y político, investigando para reflejar las realidades del aula y promoviendo educación en la sensibilidad centrada en el diálogo, la equidad y el lugar que como maestros y maestras “de a pie”, nos es atribuido.

Dadas las múltiples apuestas construidas por las maestras y los maestros que confluyen en la red, crear una escuela otra, implica volcar la mirada a procesos que tienen que ver con el Ser, su exploración afectiva, su

apuesta crítica por los derechos humanos y la cultura de paz, así como la vinculación de prácticas decoloniales ajenas a la formalidad del currículo. Esta consideración se adhiere a la necesidad de reconocernos, además, como sujetos políticos que enarbolan causas sobre procesos de emancipación educativa y social, sujetos que reflexionan sobre las realidades y diversidades de los territorios, y que construyen una red de saberes conjuntos que permiten transmitir un juicio crítico a los estudiantes, contribuyendo de este modo a la escuela diversa e incluyente.

4. El re-existir y la esperanza del ser maestra/o “de a pie” como intelectual de la pedagogía

Re-existir y esperanzarse son las premisas de una educación que se abre paso a través de pedagogías sensibles que ofrecen a los sujetos del aprendizaje certidumbres e ilusiones vinculadas a modos de renacer y repararse desde el reconocimiento de lo sentido y lo vivido, un modo de asirse a la vida. Como intelectuales de la pedagogía, los y las docentes de la Red Chisua comprenden que la esperanza está en la juntanza para producir saber y ver el mundo desde lugares otros, está en la bipartita condición de ser maestra y maestro, y a la vez aprendiz, está en la prevalencia de los procesos comunitarios en los cuales participan activamente del cambio educativo.

Re-existir es considerar lo que siente y aprende el otro, lo que le duele y conmueve, otorgando un lugar introspectivo, reflexivo y propositivo al docente para buscar senderos que posibiliten, a través de la gestión afectiva, vías para resignificar la vida. De tal suerte, el maestro que investiga y produce saber ha de escuchar las voces de los actores y gestar acciones posibles para humanizar la escuela. También debe reconocer a los sujetos agentes de la educación y construir con ellos dinámicas horizontales que posibiliten la inclusión; verse como pensador y creador de su propia práctica educativa; considerarse como sujeto político, crítico, consciente y en resistencia al sistema, asumiendo un compromiso ético con las comunidades para trazar los caminos del saber cultural y analizar las situaciones que requieren ser transformadas desde las voces y apuestas del territorio.

5. Desafíos y posibilidades de ser maestras y maestros En-Redados de modo sensible

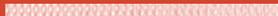
En-Redarse en trabajo colectivo de maestras y maestros que investigan desde una postura pedagógica sensible implica centrarse en las propias afectividades docentes, para escucharse y reconocerse, para empoderarse y responsabilizarse del desafío de narrar el acontecer en el aula y los modos en los que los sujetos se instalan allí. Implica también problematizar las realidades del contexto, formándose y vinculándose a la construcción pedagógica desde la cultura latinoamericana y el intercambiando saberes y producciones que se resisten a las prácticas hegemónicas.

Pero quizás el mayor desafío, desde una pedagogía sensible, radica precisamente en la necesidad de gestar apuestas colectivas que marquen distancia frente a las verticalidades escolares. Para ello es necesario echar mano de lo disruptivo, creando e innovando caminos que afiancen apuestas educativas centradas en el docente que a través de su praxis adquiere herramientas para el renacimiento y el empoderamiento de los estudiantes.

Referencias

- Bruner, J. (1987). Realidad mental y mundos posibles. *Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*. Barcelona: Gedisa.
- Bruner, J. (2013). *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Segunda edición. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Duschatzky, S. (1999). *La escuela como frontera. Reflexiones sobre la experiencia escolar de jóvenes de sectores populares*. Buenos Aires: Paidós.
- Fals Borda, O. (1987). *Ciencia propia y colonialismo intelectual. Los nuevos rumbos*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Freire, P. (2002). *Pedagogía de la esperanza: un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Galeano, E. (1993). *El libro de los abrazos*. España Siglo XXI.
- Klepp, J. (2023). *La sensibilidad y el “tacto” del maestro influyen en los resultados del aprendizaje*. Recuperado de <https://comercioyjusticia.info/formación>.
- Morin, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. París: Ediciones esf.
- Ortiz, N. (2014). *Escritura del devenir. Balbuceos de la lengua académica en un programa de formación de maestras y maestros de lenguaje*. Universidad de Antioquia.
- Patiño, C. (2002). *Apuntes para una historia de la educación en Colombia*. Cali: Escuela de Comunicación Social. CELYC, Universidad del Valle.

- Planella, J. (2013) *Corpografías: exploraciones sobre el cuerpo en la educación*. Medellín. Universidad de Antioquía.
- Ramírez-Cabanzo, A. (2018). *Itinerarios que potencian al maestro como intelectual de la pedagogía*. En: Maestra Escuela. La investigación y el maestro como intelectual de la pedagogía. Bogotá: Red Chisua.
- Ramírez-Cabanzo, A. (2022). *La intelectualidad y la praxis del maestro investigador, en clave de la misión de educadores y sabiduría ciudadana*. En: Trayectorias, sueños y posibilidades. Miradas desde una Misión que continúa. Publicación de la Misión y Sabiduría Ciudadana. Secretaría de Educación de Bogotá. Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico, IDEP. Alcaldía Mayor de Bogotá (2022), pp. 18 - 35. Disponible en idep.edu.co
- Schara, J. C., (2012). La pedagogía sensible y la imagen en movimiento. *REencuentro*. Análisis de Problemas Universitarios, (63), 23-31.
- Suárez, D. (2007). *Docentes, narrativa e investigación educativa. La documentación narrativa de las prácticas docentes y la indagación pedagógica del mundo y las experiencias escolares*. Universidad de Buenos Aires.
- Touriñan, J. (2013). El significado de la función pedagógica y la necesidad de generar principios de acción. *Revista española de pedagogía*, 71(254), 29-47. Recuperado de <https://revistadepedagogia.org/lxxi/no-254/el-significado-de-la-funcion-pedagogica-y-la-necesidad-de-generar-principios-de-accion/101400010286/>.



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.



Instituto para la Investigación
Educativa y el Desarrollo Pedagógico

